

1905.

Para cuando este artículo es  
cribimos, se han completado  
ya diez y nueve años de des-  
tierra para nosotros; diez y nue-  
ve años de brega periodística  
en el extranjero, sin recursos,  
sin elementos de ningún géne-  
ro y hasta sin relaciones, que  
abandonamos nuestro suelo na-  
tal, en los momentos precisos  
en que la fuerza federal recor-  
ría las calles de Monterrey, pu-  
blicando el decreto que ponía  
á N. León en estado de sitio el  
11 de Diciembre de 1885, para  
consagrar todas nuestras ener-  
gías á la defensa de los dere-  
chos de N. León.

Si cumplimos ó nó, ya no es  
tiempo de discutirlo, porque ya  
estamos juzgados, y cualquiera  
que sea el fallo, lo hemos acep-  
tado de antemano.

Solo nos resta manifestar  
que, sin recursos de ningún gé-  
nero, pues siempre hemos sido  
pobres, verdaderamente po-  
bres; sin auxilio alguno de  
nuestros amigos y correligiona-  
rios, pues tuvimos dignidad su-  
ficiente para no solicitarlos ja-  
mas; sufriendo persecuciones y  
perjuicios de todas clases; ame-  
nazados de mil modos, nunca  
hemos abandonado la pluma,  
ni nos hemos apartado de la  
línea de conducta que nos tra-  
zamos en cada uno de los perio-  
dos de nuestra combatida publi-  
cación.

Como partidarios, francamen-  
te arriamos nuestra bandera  
cuando los intereses que defen-  
díamos como partidarios ha-  
bían desaparecido, y desde en-  
tonces, nuestro criterio particu-  
lar ha guiado honradamente  
nuestra pluma, sin contempo-  
rar con ninguna baudería po-  
lítica.

Cuando hemos encontrado  
algo bueno en nuestros enemi-  
gos, lo hemos aplaudido sin re-  
serva; cuando hemos encontra-  
do algo malo, aun en nuestros  
amigos, lo hemos censurado  
sin pasión y sin temor, consi-  
derando el conjunto de la ad-  
ministración de la República  
Mexicana como una calamidad  
pública.

La misma conducta seguire-  
mos en lo sucesivo, mientras  
nuestras fuerzas nos lo permit-  
tan, porque seguimos pobres,  
seguimos solos, y tenemos que  
consagrar una parte de nues-  
tras atenciones y de nuestras e-  
nergías á la propaganda de  
nuestras ideas en la prensa y  
la otra, la mayor, á trabajar de  
otro modo para las necesidades  
de nuestra numerosa familia.

Pur fortuna, y á pesar de  
de nuestras deficiencias, el pú-  
blico no nos abandona, y como  
nos ha favorecido hasta hoy,  
esperamos que nos favorezca  
en lo sucesivo.

JUSTO CARDENAS.

Compre el Remedio Chamber-  
lain para la tos y envíelo  
á sus amigos.

El Sr. F. J. Fletcher, un bo-  
ticario en Victoria, Australia,  
dice: "Un marchante mío está  
tan satisfecho con el Remedio  
de Chamberlain para la tos,  
que usa para sus niños cuando  
sufren de resfrío y croup, que  
durante quince días obtuvo en  
mi tienda nueve botellas que en-  
vió á sus amigos residentes en  
diversas partes del Estado, di-  
ciéndoles cuán superior resul-  
ta lo le dió, y avisándoles que  
se los enviaba como una nue-  
tra."

TRABAJA DIA Y NOCHE.

Los más pequeños ó importan-  
tes trabajadores que se han co-  
nocido hasta hoy, son las Nue-  
vas Píldoras de Vida del Dr.  
King.

Estas Píldoras cambian la  
debilidad en fuerza, la negli-  
gencia en energía y la torpeza  
del cerebro en potencia men-  
tal.

Son maravillosas para sobus-  
tecer la salud.

No vale más que 25 cts la  
caja. De venta en todas las  
boticas.

EL COCO.

—ó el—

PESO MEXICANO

Pocas serán las noticias que  
yo traiga á los lectores, de las  
penalidades que pasamos los  
mexicanos con los pesos  
idem; porque si les digo que el  
desdichado que posea un peso  
de nuestra moneda, no se desa-  
yuna en Laredo, Texas, no lo  
considerarían como una nove-  
lad; de sobra se lo saben to-  
dos. A ese extremo han llegado  
las cosas en Laredo, y no esta-  
ría muy escaso de fundamento,  
si dijera, que el que tenga un  
peso mexicano, no tiene ami-  
gos. Esto no es una noticia pa-  
ra los Laredenses; pero para  
los de fuera ya lo creo que es  
una noticia estupenda. Por la  
nueva ley de la Sria de Ha-  
sienda, se estan haciendo estru-  
gos en estos lugares, con el pe-  
so mexicano. Voy á referir á  
Uds un caso que le pasó á un  
amigo mío, á quien ponía yo  
al tanto de las peripecias "lo-  
cales," del peso mexicano en  
Laredo. La persona á que me  
refiero, no quiso creer nada de  
lo que yo le decía, y para con-  
vencerse, fué á Laredo, Tex,  
un día de estos de Enero, y  
ayer se me presentó; no podía  
contener la risa; yo no adivina-  
ba lo que pasaría y me hizo  
preguntárselo.

—Estoy convencido,—y echó  
á reír á mandíbula batiente.

—Pero, ¿qué pasa, hombre?

—Nada y mucho, verás: traí  
go algunos pesos en mi bolsillo  
y pasé ayer á Laredo, Texas,  
para conocer la ciudad y cercio-  
rarme de si era cierto lo que  
me dijiste de los pesos mexica-  
nos. Lo primero que hice,  
fué entrar en una fonda, y ya  
después de haber comido, se  
me presentó el mozo para co-  
brarme, y... ¿qué crees tú  
que pasó? Pues una cosa muy  
sencilla y muy curiosa. Sa-  
qué de mi bolsillo un peso, y  
verlo el mozo y echar á correr,  
llevarse á la cocinera de en-  
cuentro, dar sobre un armario  
y volcarlo, vaciar un bate con  
manteca sobre la cara de una  
señora muy gorda, soltar ésta  
un niño que tenía en los bra-  
zos, presentarse al ruido los ve-  
cinos y un gendarme para in-  
forxarse de lo sucedido, fué  
uno; apenas si me di cuenta  
de lo que pasaba; llegamos á  
las explicaciones y, ¿qué crea-  
tá que resultó? Pues muy sen-  
cillo; el peso mexicano con  
que intenté pagar, fué el autor  
de aquella está-trof; resultad;  
salí de aquella fonda abogán-  
do me de ri-a, bien servido y sin  
pagar.

Seguí mi camino, pasé frente  
á un puesto de vendimias; cau-  
tivaron mis ojos unas naranjas  
y... á comprarlas, y después  
de haber comido algunas, fuí  
á lo chistoso, es decir, á pagar  
la cuenta y job, dicha! La se-  
ñora vendedera, tan luego como  
vió la moneda, retrocedió y se-  
reguró con la hija de la  
puerta y ¡vayan ustedes á sa-  
carla! No me fué posible ha-  
cerla que se cobrara el valor  
de las naranjas y... alargué  
la mano con el peso dichoso, y  
aquella pobre señora, con los  
ojos tan abiertos que tenía y  
que estaban fijos en la moned-  
a, y por lo aferrado que estaba á  
la puesta, denunciaba el susto,  
el pavor de que era presa... y  
empezó á hacerme señas ma-  
quinalmente, diciéndome que  
me retirara, que me fuera muy  
lejos... Bueno, me fuí sin  
pagar la cuenta y con algunas  
naranjas en el estómago.

—Hasta aquí todo va viento  
en popa, dice mi amigo; ahora  
vamos á lo triste.

Pasé á una peluquería, cuyo  
propietario es norteamericano,  
que no habla más que unas  
muy contadas palabras del cas-  
tellano.

Llegué, me arrellané en el si-  
lón é indiqué se me cortara  
el pelo. Empezó el americano  
su faena; pero á media tarea,  
es decir, cuando me había ra-  
pado por un lado solamente,  
se fijó en que yo era mexica-  
no, y que, por consiguiente  
traería plata para pagarle, y  
me preguntó:

—¿Osté traer plato por pa-  
gar?

—No traigo platos, traigo  
plata,—dije.

—¡Oh! plata no bueno; tu  
no traer oro, ni no corta los  
pelos—y de la palabra á los  
chicos; guardó el peine, y me  
navaja y fué á sentarse, tran-  
quilamente en una silla, fuman-  
do en una gran pipa, y como  
si nunca nos hubiéramos visto,  
No me faltó mas que portrar-  
me, rogando á aquel paciente-  
señor terminara el trabajo co-  
mencizado; pero todo fué infru-  
tuoso. Bueno, digo, malo, hice  
intención de retirarme, y al co-  
ger mi sombrero, se me echó  
encimas.

—Oh! tu no llevarte el som-  
brero si no pagar.

Y no me valieron ruegos: si  
no pagaba en oro,  
dejaría mi sombrero forzosa-  
mente, y sin que mis explica-  
ciones tuvieran el valor neces-  
ario!

Apenas entendería dos pala-  
bras de lo que yo le decía, y  
sin conocer yo á nadie! y con  
media cabeza rapada, lo que  
casi me imposibilitaba para sa-  
lir y conseguir oro! Me paré  
en la puerta á esperar una  
oportunidad y salir como lo-  
co. Se me presentó aquella  
y eché á correr, creyendo que  
nadie me vería, y cuando me  
nos me lo esperaba, me cogió  
un gendarme por el cuello y  
me detuvo, porque me creyó  
loco, y me exigió lo siguiente:  
Comuniquéle mi situación y  
para indagar la verdad, fué á  
la peluquería, y desnes se  
cambiar algunas palabras me  
dijo el pelo que:

—Tú estar loco.

Y sin más, me llevaron á la  
cárcel, donde he pasado una  
noche infernal, pues no me de-

Procure su Salud

222 South Peoria St.,  
CHICAGO, ILL., Oct. 7 de 1902.  
Hace ocho meses me encontraba  
tan enferma que me veía obligada  
á estar sentada ó recostada la  
mayor parte del tiempo. El estó-  
mago lo tenía tan débil y desorde-  
nado que nada podía detener y  
vomitaba con frecuencia. Orinaba  
con gran dolor, y me afligía una  
tos que me dejaba adolorida la  
garganta y pulmones. Los doc-  
tores decían que era Mal de Bright,  
y otros decían que era tisis. A  
mi poco me importaba lo que fue-  
se el verdadero mal, pues ya no tenía  
ni deseos de vivir. Una hermana  
de St. Louis me visitó y me pre-  
guntó si alguna vez había probado  
el Wine of Cardui; contesté que  
no, y ella me compró una botella.  
Creo que el Wine of Cardui me ha  
salvado la vida. Creo también que  
muchas mujeres podrían evitarse  
muchos sufrimientos si supiesen  
lo benéfico que es este vino.

Sergio Duker  
Artist.

¿No quiere Ud. estar libre de  
dolor? Tome Ud. el Wine of  
Cardui y haga un esfuerzo su-  
premo de sanar. No hay motivo  
para que esté Ud. débil, sopor-  
tando sufrimientos. Puede Ud.  
tener la salud propia de la mujer  
y hacer el trabajo que á la mujer  
corresponde en la vida. Porque  
no comprar una botella de Wine  
of Cardui, de su boticario, hoy  
mismo?

WINE OF CARDUI

ieron salir sin exigirme una  
fianza de muchos dollars, y...

Está en añana salí. No é  
quién sea esa alma caritativa  
que intercedió por mí en aquel  
conflicto; salí con un pañuelo  
en la cabeza, me vine á mi  
pueblo y aquí me tienen us-  
tedes—y se descubrió mi ami-  
go la cabeza.

La verdad es que estaba ta-  
mentable, y me dijo que todo  
lo que yo había dicho era ci-  
to, con la diferencia de que é-  
había caminado bastante bien  
y que había pagado la cuenta  
con solo enseñar el peso mexi-  
cano.

De allí nos dirigimos á una  
otra habitación que no se con-  
venza de que los pesos mexica-  
nos en Laredo, Texas, son El  
Coco.

JUAN C. GALVAN.

N. Laredo, Enero 10, 1905.

BRUTALMENTE TORTURADO.

Un caso fué conocido, que  
por su persistencia y por las  
torturas que ocasionó, no tiene  
igual. Joe Golvrick, de Colu-  
sa, Calif., escribe: "Por 15 años  
sufrí un dolor de reumatismo,  
y nada me alivió, aunque usé  
muchos remedios.

Supe de los Amargos eléc-  
tricos, y aseguro que es el me-  
jor remedio del mundo para cu-  
rar esa enfermedad. Muy po-  
cas botellas me sanaron."

Es muy buena para el híga-  
do y los riñones y para la debi-  
dad en general.

Vale solo 25 cts. Satisfac-  
ción garantizada por todos los  
droguistas.

Sección Recreativa.

La Carta de Margarita.

Noche de Diciembre. Don Maximiliano Nevioi, hombre  
de sesenta años, con peluca y anteojos, sentado con una cuarta  
de hocico junto á la mesa del comedor, lee la *Gaceta de Vene-  
cia*, quejándose á cada instante de que la lámpara de petróleo  
no alumbraba bastante ú oscilaba ó da humo. Su mujer, doña Ger-  
trudis, hundida en una butaca, junto á la estufa, duerme, ó sin-  
ge dormir.

Fuera, tiempo infernal. Llueve, nieva y sopla un cierzo te-  
rrible. Una de esas noches en que la gente feliz, acomodándose  
bajo las mantas, suelta filantrópicas exclamaciones: ¡Pobreci-  
llos los que no tengan fuego para calentarse, ni ropa con que  
cubrirse, ni un vaso de buen vino para raacionarse! ¡Pobreci-  
llos, pobrecillos! Luego un bostezo, un estironcito de brazos y  
la cosa no pasa adelante.

El viento sopla á veces con tal ímpetu, que tiemblan las do-  
bles vidrieras del salón y las cortinas de lana ondulan ligerame-  
nte. La llama de la lámpara aprovecha estos momentos críti-  
cos, para dar un pequeño salto y don Maximiliano gruñe más  
y más y clama contra los criados que no saben cerrar las venta-  
nas.

—Hay que echar leña á la estufa, dice al fin, dirigiéndose  
á su esposa. Ella, que obedece ciegamente al marido, se leban-  
ta de la butaca, tira del cordón de la campanilla y vuelve á su  
puesto. Un observador atento notaría dos cosas: primera, que  
doña Gertrudis tiene los ojos enrojecidos; segunda, que de la  
butaca al cordón de la campanilla va de manera que su marido  
no le pueda ver la cara. ¡Ay de ella si advirtiese que había lle-  
rado!

Al campanillazo de la señora ha acudido la Marina, antigua  
sirviente de la casa, con la nariz roja por el frío, las manos me-  
tidas debajo del delantal y la cabeza hundida entre los hombros,  
como caracol que ha escondido los cuernos. La Marina tam-  
poco trae cara muy alegre, efecto quizá del tiempo.

—Avíe usted el fuego, manda doña Gertrudis.  
—Y cierre mejor las ventanas, añade don Maximiliano.  
—Si están muy bien cerradas, dice la doncella.  
—No señora; venga usted acá y verá que airecillo.  
—Es natural, con el viento que corre. Quería que pasase  
usted por la sala... ¡Qué Siberia!

—Aquí también la tenemos... No saben ustedes encen-  
der la estufa, ni cerrar los balcones.

Marina qué no se muere de la lengua, va á replicar, pero se  
contiene por una mirada suplicante de la señora. Guarda sus  
observaciones, y arrodillada ante la portezuela de la estufa, aña  
de leña y con las tenazas, el fuelle y un poco con el aliento, ha-  
ce brillar llamas chisporroteantes y alegres que iluminan la es-  
tancia.

—¡Ha advertido usted el registro! grita destempladamente don  
Maximiliano.

—Si no lo hubiese abierto, ya estaría la habitación llena  
de humo.

—Como no hace usted nada bien, añade el señor Nevioi,  
para justificar su desconfianza.

La Marina no puede reprimir un larguísimo *auff*, pero á  
una mirada de doña Gertrudis, la termina en un estornudo.

Apenas ha salido de la habitación, don Maximiliano mu-  
tura:

—¡Deavergonzada!

Luego vuelve á sumergirse en la lectura de la *Gaceta* co-  
mentando para sí las noticias: Arnim ha sido condenado á tres  
meses de cárcel. Me alegro. Sin respeto á la autoridad no hay  
gobierno posible. Hoy todo el mundo quiere hacer lo que le da  
la gana. Los pueblos no quieren obedecer á los gobiernos, como  
los hijos no quieren obedecer á los padres. ¡Así anda todo!

Doña Gertrudis exhaló un suspiro.

—¿Qué es eso? ¿Te has quedado muda? En esta casa sólo  
se habla con suspiros.

—Pues, es para estar alegres, observó con timidez doña  
Gertrudis.

—Volvemos á los lamentos de costumbre, dice el ameno  
señor Nevioi, pegando con la *Gaceta* en la mesa.

—Mira si no será mejor que me calle.

—No, señor... Se habla con tranquilidad, con calma, como  
otros... como yo... Vuelta al floriqueo... Quisiera saber qué  
hay de particular esta noche...

—Nada, nada...

—Nada, no... ¡Vamos, qué hay!...

—Hay, hay... que pienso en las fiestas que nos aguardan.

—¡Rayos y truenos! ¡Tendré yo la culpa, si pasamos mal  
las fiestas!

—¿Quién lo dice?

—¡He dicho yo á nuestra hija que se escape de casa! ¡Soy  
yo quien la ha puesto en brazos de un descamisado, de un lad-  
ron, de un bandido!...

—Por favor, Maximiliano; será un descamisado, no cabe  
duda; pero un ladrón... un bandido... repuso doña Gertrudis,  
con un valor de que nunca no se hubiera creído capaz.

La cólera del marido llegó al colmo.

—Sí, ya se que lo defiendes, ya sé que hallas digna de aplau-  
so la conducta de aquellos dos señores...

—No, Maximiliano, no...

—No es un ladrón, no es un bandido... Sí es un ladrón,  
porque asesina á una familia. ¡Y luego, para aliviar estas lectu-  
ras! Cuando se saca á colación esta verdad, cuando se discurre  
y se razona, la señora se pone de parte del aventurero y  
de la hija ingubordinada. Hubiera querido ver si tú hubieras  
consentido en casarte de ese modo; hubieras querido ver si tu  
señor padre me hubiera perdonado jamás una felonía semejan-  
te. Me pesaron y repesaron no sé en cuantas balanzas, y en un  
trís estubo que no me despudiesen por falta de pergaminos y  
blasones. La señora era condesa y lo tomaba tan á pecho...

(Continuará.)